

to desdoro para ella y su padre significaba la protección de aquel hombre. Sin saber quién era, Luisa percibía las diferencias de posición que los separaba y lo oblicuo, lo artero de su trato y de sus intenciones se le hacía transparente. Desde el primer día hubiera querido exponer á don Emilio la verdad y decirle: "Ese hombre, papá, me ha seguido; la dueña de la tienda me dice que le pregunta con insistencia por mí; ese hombre no es espiritista y te engaña, abusa de tu inocencia; nos ve muy pobres y quiere tal vez deshonrarnos, papá." ¿Mas tenía derecho ella, precisamente ella, á desflorar con palabras de realidad brutal aquella virginidad de idea, aquel puro y quimérico vagar por la vida sin desgarrarse contra sus obstáculos, que había logrado su padre merced á su mansa locura? En aquel constante dialogar consigo misma, esbozando intenciones, temores, frases que nunca se atrevería á pronunciar, cobraba Luisa fuerzas para resistir las desilusiones primeras del teatro. Era necesario vencerlas, llegar á ser una actriz célebre; no caer en la miseria nunca más, poner la vejez de su padre á salvo de las asechanzas de los malvados. La energía de su decisión le hacía inclinar hacia adelante la cabeza, y el telón, al ceder al choque de su frente, restituíala á la realidad... De pronto, la calva del director de orquesta albeaba sobre

el sitial, los violines empezaban á ponerse á tono, resoplaban discordes clarinetes, óboes y bombardinos, la flauta hacía cabriolas y el arpa, como si fuera la misma señorita remilgada que la tocaba, parecía ir andando á saltitos por sobre aquel estrépito; y antes de que sonara la tercera campanada, Luisa iba á encerrarse en su cuarto, adonde á última hora la iba su padre á recoger.

El director le había aconsejado que antes de repartirse un papel saliese en los acompañamientos para "ir haciendo tablas". La primera vez Luisa estaba nerviosa; iba á representarse una obra nueva. Sus dos compañeras de cuarto habían bajado ya, y ella no había concluido aún de prenderse el traje de aldeana. Al pasar por el corredor, atestado de gomosos, notó que la miraban. El coro estaba ya á punto de salir; el traspunte, que pareciendo que iba á llegar siempre tarde llegaba siempre á tiempo, acudió manoteando con un manuscrito en la mano y ordenó: "¡Coro, fuera!"... Luisa cerró los ojos, echó á andar mezclada con el tropel, y cuando volvió á abrirlos estaba ya en escena, deslumbrada por la luz. Parecía que las localidades altas se iban á venir de pronto abajo y á caer sobre ellos. Al acabar el acto, delante de todos, el director la interpeló rudamente:

—Pero ¿está usted loca, señorita? Me han

dicho que si tengo un espectro en el coro. ¿A quién se le ocurre salir sin pintarse? Que no pase otra vez... Colorete, colorete. ¡Que yo la vea en ese acto segundol

Los caballeros ante quienes había recibido el regaño sonreían con benevolencia; las compañeras pasaban y sonreían también, pero de otro modo. Si Luisa hubiera tenido que salir en aquel instante, con el candente rubor que afluía á su rostro, de seguro que desde fuera habrían creído que estaba pintada. Ya arriba, buscó en vano las pastillas de colorete que siempre estaban sobre el tocador; no había ninguna. La luz del cuarto le pareció más triste; la fealdad de las cosas y la maldad de las gentes pesaban sobre su pobre alma. Iba ya á llorar, cuando el actor Moral, su amigo, entró á verla. Era un pobre viejo cargado de hijos; llevaba quince años en el teatro y ganaba sólo siete pesetas; ayudábase siendo una especie de doméstico de los primeros actores y el encargado del guardarropa le daba además dos reales de sueldo por distribuir y recoger los trajes. Su mujer, una actriz obesa, jubilada ya, hablaba, poniendo los ojos en blanco, de Calvo y de Vico, vendía prendas, visitaba incansablemente saloncillos y cuartos, daba consejos á las principiantas y organizaba rifas. Con todo esto se morían de hambre.

Ajeno ya á toda vanidad, el viejo histrión

tenía algo de paternal y un gusto simpático por la gente honrada. Desde los primeros días se hizo amigo de Luisa y la exhortaba para que abandonase el teatro. Al verlo entrar, Luisa le contó su cuita entre sollozos.

—Ya, ya. ¿Crees que no lo sé? Por eso vengo. Las pécoras del coro y las meritorias no hablan de otra cosa. Tú no eres para esto, muchacha... En los buenos tiempos del teatro no había tanta pijotera maldad... ¿Han escondido el colorete? Espera un momento y verás cómo yo te traigo, y del mejor.

Mientras aguardaba á Moral. Luisa oyó comentarios en la escalera:

—¡Pues ya podía el que la impuso aquí darla para coloretes!

—¡Vaya con la señorita de pan pringado, que no quiere estropearse el cutis!

—¡Y á "eso" le dan sueldol

Moral llegó jadeante, cuando ya había sonado el segundo aviso. Y él mismo se puso á untar carmín á Luisa mientras que le explicaba:

—Tuve que ir abajo: no te traje el mío, porque es de á real el tubo y... vamos, que no es para tí. Fui al cuarto de Blanco y en seguida me ha dado el suyo. Es un buen chico; me ha dicho que te lo quedes; sí, sí, te lo puedes quedar... ¡Alza, que empieza el acto!

Así tuvo Luisa la primera relación de gra-

titud con Felipe Blanco. Á los dos días de esta escena, la encomendaron un papelito y le aumentaron dos pesetas el sueldo. Todas las noches Moral ó su señora subían á preguntarle de parte del actor si le hacía falta algo, y cuando ella le iba á dar las gracias, él no dejaba de responderle: "No vale la pena; ¡es tan fácil ser complaciente con usted!..." Felipe Blanco era aún joven, de rostro algo marchito; tenía renombre de conquistador. Desde cierta aventura aristocrática había renunciado á las partidas de mus ó de tute y á los bistés pantagruélicos del Café Colonial. Adoptaba modales finos y despreciaba un poco á todos sus compañeros, que lo envidiaban secretamente y que á pesar del hábito de disimulo, no lograban ocultar su envidia. Sin saber cómo, sin saber cuándo, Luisa comenzó á interesarse por él.

Y todo concurría con tácita complicidad á fomentar este interés, á trasmutarlo: Felipe Blanco era el depósito de cuantas frases elocuentes, de cuantas acciones generosas se decían y realizaban en las obras; era el *galán*, ese hombre misterioso que viene de lejos, como un príncipe de leyenda, hidalgo, exento de intereses villanos, incapaz de rehuir compromisos de amor ni juramentos alumbrados con luz de luna y acompañados con música de guitarra. Cada uno de los autores decía al tra-

vés de él sus más nobles ideas; era en todas las obras la Poesía y el Amor y algo de la justicia inmanente, embellecida aún por la retórica, hablaba siempre por sus labios... Luisa se enamoró de él, y acaso juzgándola la señora de Moral, la Romerales y la Luque, pensaron con razón que había cometido un desatino, una diotez, una locura... Esta última frase, que es de la señora Moral, es la más exacta, tal vez por ser la más benévola. Luisa no era ni insensata ni idiota; Luisa cometió esa locura, porque era necesario que la cometiese; porque en todo tiempo, las mujeres como ella han sido fascinadas por esas dos entelequias milagrosas que se llaman la Poesía y el Amor.

V

Don Emilio había adquirido la costumbre de esperar á Luisa en el saloncillo en vez de subir á su cuarto. El saloncillo era una pieza cuadrangular, cuyos muros bordeaba muebles divanes tapizados de gris; de las paredes colgaban algunos retratos de escritores ilustres, y el de un filósofo que nadie se explicaba por qué estaba allí; el calorífero de continuo candente, producía una temperatura que contrastaba con el aire helado que circulaba por los pasillos. Sólo en un rincón, pensando en sus quimeras, el viejo espiritista se aislaba por completo. Para él era lo mismo estar allí, que ir, cuando Luisa conseguía *vales*, á esperarla viendo la función desde el anfiteatro, porque igualmente vanos le parecían los juegos de palabras en la escena, que las discusiones é intrigas de los cómicos. Los autores de la casa lo juzgaban imbécil, porque ni siquiera sonreía al oír sus chistes. El director de orquesta, á espaldas de él, se llevaba el índice á la calva queriendo indicar su falta de seso; lo

consideraban como un mueble del teatro, y el empresario ni siquiera se recataba en su presencia para hablar de negocios. Por lo general estaba solo toda la noche, porque las tertulias se formaban en los cuartos de las actrices; de tiempo en tiempo entraba alguien á frotarse las manos ante el calorífero y volvía á salir sin saludar siquiera. Si don Emilio hubiera tenido someras dotes de observador, hubiera podido decir que el actor Moral reunía con el azúcar sobrante de los cafés tomados en el saloncillo, más de doscientos terrones semanales, y que Antonio Castell, el autor mimado, respondía invariablemente con su bárbaro acento catalán á todos cuantos le preguntaban por su salud ó por sus asuntos: "Todo va bastante mal, gracias á Dios..." Pero la atención de don Emilio, íntegra en su obsesión, resbalaba sobre las cosas terrenales sin penetrarlas. Casi no oía el ir y venir de la gente al terminar los actos; la distancia y las cortinas tamizaban los ruidos del teatro, y sólo de tarde en tarde, al abrirse alguna puerta, percibíanse el murmullo apagado de los aplausos, el incierto vaivén de la música y otros ruidos marchitos, que no tergiversaban el rumbo de sus divagaciones. Á veces se llevaba para entretenerse el "Libro de los mediums", y repasaba las páginas que ya se sabía casi de memoria... ¿Sería *El Huesos* medium tan excelen-

te como aquella Florencia Cook, como aquel míster Home que tales revelaciones comunicaron al gran físico inglés? ¿Lograría que el espíritu de su mujer, tan continuamente llorada, viniese por conducto de *El Huesos* con la insistencia amable de Katie King? Y de este modo, serio, ensimismado, permanecía en su rincón hasta que la voz de Luisa venía á transportarle al mundo tangible.

—Vamos, papá.

—Vamos.

Y salían. Iban siempre por el mismo camino, muy abrigados. Cada noche obligábales á recordar la noche anterior; tan semejantes eran: al pasar por el cruce de dos calles muy anchas se llevaban las manos á los sombreros para asegurarlos; después, como si don Emilio se fatigase siempre en el mismo punto, la tomaba el brazo y así llegaban hasta la casa. Todas las noches era así, mas como aquélla faltó muy poco para que el viento le arrebatara el sombrero y como Luisa al llegar á una esquina, esperó en vano la mano que iba habitualmente á buscar el apoyo de su brazo, le preguntó:

—¿Qué te pasa, papá.

—Nada, nena.

—Tú tienes algo.

—No.

—Sí, sí; tú tienes algo.

—Te digo que no... Es decir... Tengo... Es que quiero pedirte una cosa.

¿Qué le podría pedir? Una petición por parte de don Emilio era algo inesperado, insólito. Siguiéron andando algunos pasos sin hablar. Al cabo él la tomó del brazo, la hizo detener y empezó á rogarle muy bajo, con voz obscura y trémula:

—Es una cosa que no puedes negarme, nena. No soy yo sólo quien te la pide: es ella también... ella, ¿sabes? mamá, la otra Luisa... Tú nunca has querido asistir y nunca te he insistido, bien lo sabes; nunca he tratado de disuadirte de tu error, porque pensé que era miedo de niña... Si te dí aquel libro de Gautier y aquel otro de Flammarión, fué sólo por probar, para que tu pobre almita se fuera aclimatando. Ahora ya eres una mujer y no tendrás miedo... Mañana tenemos sesión, mañana puedes sentirla junto á ti y podrá besarte, acariciarte... Ven mañana; te lo pido con toda mi alma... ¿verdad que vendrás?

—Papá, tú sabes que...

—Que te excita los nervios, sí... no importa; es una sola vez... ¡A mí también me excitaba a principio!

—Y no sólo eso; es que no creo, papá; perdóname. Yo respeto tus creencias; respeta tú las mías. No creo y no quiero tampoco creer;

me da horror pensar que todos los que han muerto vuelven á este mundo y que junto á ellos nosotros no somos casi nada. Me enfermaría, me moriría, papá... Para vivir me es necesario tener esperanza, mirar únicamente hacia adelante...

—¡Una sola vez, ven!

Había tanta angustia en su demanda, que Luisa no tuvo valor de negar. Don Emilio interpretó en seguida su silencio:

—Gracias por mí y por ella... La de mañana ha de ser una sesión decisiva; ya verás... Luisa, necesito que tú creas igual que yo, y que esa creencia, en lugar de darte terror, te sea dulce. ¡Qué hubiera sido de mí sin ella! Piensa que yo no he de durar mucho, y que si me voy antes de que tú creas en los espíritus, me parecerá que todo mi recuerdo, que todo mi cariño, se apagarían en tu memoria apenas entierren mi cuerpo... ¿Vendrás?... ¿Vendrás?

Luisa sintió la mano de su padre estrecharle el brazo, y le pareció que aquella mano, igual que sus propios pensamientos otras veces, tenía afán de asirse á la vida. Una opresión le subía á la garganta y una onda de ternura bañaba su alma toda. Parecíale que otorgar á su padre la concesión la libertaba en cierto modo de algo de la culpa de su otro amor, del amor secreto. Estaban aún detenidos

en la acera. Varios transeuntes los habían ya mirado con esa curiosidad burlona con que se mira á las parejas de edades muy desproporcionadas. Don Emilio aguardaba la respuesta; el viento dispersaba su barba; y, como un signo reflejo, de su inmensa ansiedad, seguía apretando el brazo de Luisa hasta hacerle daño; ella musitó al fin:

—Bueno, papá, iré.

Luego siguieron el camino; llegaron á la casa y se acostaron sin hablarse. Contra su hábito, don Emilio durmióse en seguida; había tal sosiego en su rostro, respiraba tan tenuemente, que Luisa se asustó y por dos veces fué á ponerle un espejo ante la boca para cerciorarse de que alentaba. No pudo dormir, y, sin embargo, la noche le pareció muy corta: temía la llegada del día siguiente.

El día siguiente era jueves. Á las cinco de la tarde un coche se detuvo en una de esas calles angostas afluentes á la plaza de Santo Domingo, y el lacayo saltó del pescante y abrió la portezuela para dejar descender á un caballero grueso muy recatado en su gabán de pieles; luego extrajo del vehículo un paquete voluminoso y cuadrado que el señor recogió. Obediente á una orden, el lacayo tornó á ocupar su puesto y los caballos partieron de nuevo. En cuanto se alejaron un poco, el señor encaminóse en dirección opuesta, torció

con rápido paso por varias callejuelas, y deteniéndose varias veces para cerciorarse de que no oía el ruido de su coche seguirle, fué á parar al "Café Mercantil". Desde la puerta miró al interior, como si recelara algo, y después dirigióse á uno de los rincones del establecimiento. En el rincón, tras un vaso de leche con media tostada, lo aguardaba un hombre de delgadez inconfundible. Fingiendo no ver la escualida mano tendida hacia él en confiado ademán de amistad, el recién llegado ordenó:

—Vamos de prisa... Aquí está el aparato; supongo que usted tendrá bien ensayado todo... Tome, pague eso. Yo lo espero á usted en la puerta.

Una moneda de dos pesetas tintineó sobre el mármol. Y pocos minutos después don Santiago y *El Huesos*, dejando tras ellos las persignaciones de la portera, hacían sonar la campanilla del sotabanco. Una voz les gritó desde dentro:

—¡Empujen!

La puerta estaba sólo arrimada y entraron. Don Emilio, subido en un cajón, ocupábase de interceptar con un paño negro la poca luz que entraba por la claraboya. Sin bajar de su pedestal interrogó:

—¿Trae usted la cámara?

—Aquí está.

—Bien... Y usted, don Manuel, ¿se halla en forma?

—Francamente, sí... Me siento hoy vibrante, extraño; yo mismo me doy la sensación de no ser yo, de...

A espaldas de don Emilio, don Santiago debió hacerle una seña misteriosa, porque sin concluir de detallar sus complejas sensaciones de medium, *El Huesos* preguntó sin transición alguna:

—¿Y asistirá su hija, por fin?

—Sí; me lo ha prometido solemnemente. Debe estar al llegar del ensayo.

Después de instalada la cámara fotográfica en un extremo y de examinar la silla negra donde había de tener realización la experiencia, don Emilio propuso algunas evocaciones elementales por medio del velador; eso prepararía el ambiente. Se sentaron, y tendidas las manos, muy rígidas, en contacto nervioso, sobre la leve mesita formaron la cadena magnética y estuvieron un rato callados, hasta que movimientos, primero imperceptibles, manifiestos después, hicieron oscilar el mueble sobre sus tres patas. Don Emilio, con gesto sacerdotal, interpelaba á los espíritus:

—¿Estás ahí?... Manifiéstate; un golpe, sí; dos, no...

Luego, indicando por golpes las letras del abecedario, varios espíritus intentaron decir

generalidades, en verdad de poco interés. Primero acudió un espíritu vulgar; luego el espíritu de un gran político recién fallecido, que resultó tan vulgar como el anterior; al cabo, dócil á eficaces conjuros, un espíritu de mujer, obstinado en callar su nombre, esbozó estas palabras: *teatro, inconveniente, súplica...* Iban á pedirle aclaraciones, cuando los pasos de Luisa resonaron en la escalera ahuyentando á la cautelosa aparecida. Se levantaron con las manos fatigadas por la tensión, y don Emilio quiso pasar sin demora á la experiencia suprema. Como es de rigor, se colocó sobre la mesita el vaso de agua ritual. Cerraron la puerta, y regresaron á sus puestos. Todos estaban serios, hieráticos; Luisa temblaba.

Antes de apagar el quinqué, cuando ya *El Huesos* iba á sentarse cara al recinto enlutado en la silla colocada entre los entreabiertos cortinajes, don Emilio tuvo una exigencia:

—Oiga antes, don Manuel: ¿Jura usted que nada en la sesión de hoy será obra de su voluntad? ¿Jura que su flúido, si le es posible, concretará aquí á nuestra vista el cuerpo astral de algunos de los seres que nos fueron queridos?

Para dar ánimos al medium, don Santiago también interrogó:

—¿Lo jura usted?

Una mano inmensa y huesuda se tendió so-

bre el velador, al mismo tiempo que la voz, algo trémula, prometía:

—Lo juro, señores.

—Pues empecemos y que la voluntad del Padre nos asista.

Luisa y don Santiago se sentaron; don Emilio quedóse de pie junto á la cámara fotográfica para hacerla funcionar oportunamente y obtener de la aparición irrefutable testimonio. *El Huesos*, de espaldas á ellos, sentóse en la silla. Hubo todavía otro preámbulo.

—¿Estamos?

—Sí.

—¿Apago el quinqué?

—Cuando quiera.

Don Emilio sopló; una gran llama desbordóse del tubo y la oscuridad sobrevino. Durante unos segundos, la torcida, roja aún, chispeó hasta apagarse. El silencio llenaba la estancia. Nadie hubiera dicho que cuatro personas alentaban allí, en las tinieblas. Una silla crujió; transcurrieron varios minutos de ansiedad. Al cabo don Emilio dijo con voz muy queda:

—Está ya en trance...—y luego llamó dos veces dulcemente:

—Don Manuel, don Manuel.

Ninguna voz respondió á la suya. El silencio volvió á imperar y largos minutos henchidos de misterio y de incertidumbre sucedieron. De pronto, tenues formas fosforescentes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

comenzaron á insinuarse en la sombra. Más temerosa que incrédula, Luisa cerró los ojos para ver si esas formas estaban fuera ó dentro de sus ojos. Al abrirlos, contornos sinuosos, verdosos y estelares aparecían todavía con intermitencias en el fondo de la buhardilla... ¿Se acentuaban ó se desvanecían? Si; se acentuaban, parecían querer dibujar algo... Ya era como una cara informe, de mejillas vagamente luminosas y de ojos oscuros. Se oyó el ruido del objetivo fotográfico al ser descubierto por don Emilio, quien al mismo tiempo saludó al aparecido con la fórmula legendaria: "La paz sea contigo, hermano... Dinos, si te lo permiten, quién eres." Y en la garganta del *medium* largos estertores, seguidos de gemidos, antecedieron á una voz extraña que no se asemejaba á su voz natural:

—Soy... soy... quiero que me obedezcas... soy...

Nuevos estertores siguieron. En el hondo silencio adivinaba Don Santiago la emoción de don Emilio, y junto á sí sentía una respiración anhelosa y fragante que lo turbaba, apartándole de toda predisposición espiritual. La voz del espíritu moduló de nuevo palabras inconexas... Don Santiago no oía la voz, no veía las líneas fosfóricas y trémulas; todos sus sentidos abolíanse para dar más eficacia á su olfato y dejarlo aspirar frenéticamente el

olor de Luisa, esa atmósfera venusíaca que envuelve á los seres deseados... Sus manos temblaron casi inconscientes en la oscuridad... El *medium* hablaba, hablaba... De pronto, un grito rasgó las sombras y el silencio, como un relámpago; era ese grito inconfundible que enfriaba la sangre, el grito loco del terror. Y era Luisa quien lo había lanzado.

—¡Luz, luz!

—¡Encienda usted!

—¿Qué ha sido?

—¡Luz, mi hija... luz!

El tubo se había roto, y la llama hizo oscilar sobre los muros las tres siluetas agrupadas en torno de Luisa, que apenas podía hablar. Fué necesario rociarle la frente para reanimarla. Cuando logró calmarse explicó:

—He sentido una mano, papá; una mano que me subía así, por el pecho...

Hubo que acostarla y darle agua de azahar. Don Emilio quedó junto á ella y los otros se marcharon casi sin despedirse. Apenas estuvieron en la escalera, *El Huesos* increpó á don Santiago:

—Ha sido usted... ha sido usted. ¡Cochino!

—Cállese... Ya hablaremos... Cállese, que pueden oír.

El Huesos se calló, pero mientras bajaron, don Santiago sintió fijos en él, dos ojos que lo miraban severamente.

do. Y todas las noches, al recapitular sus acciones diarias, Luisa se acostaba contenta de no tener falta grave de que arrepentirse.

Desde hacía varios días tenía algo más de libertad. No es que su padre le hubiera coartado nunca el albedrío; era ella quien, obediente á dictados de cariño y de prudencia, salía siempre con él. Pero ahora don Emilio estaba bajo el hechizo de una nueva amistad, contraída en el saloncillo de "El Dorado", y por eso tenía que salir sola. Cierta noche, al bajar Luisa á recogerlo, lo halló en plática con un tipo extraño de quien había oído decir que pretendía estrenar una obrita.

Era un joven á la vez feo, astroso y elegante. Todos le llamaban "el poeta", pero su nombre era Rafael Semprún. Algo de catarata y estrabismo daban á sus ojos el aspecto turbio de dos gotas de ajeno; la barba, muy tupida, le nacía desde cerca de la nariz é iba á perderse bajo el cuello de la camisa, de continua y grasienta amarillez; sólo la frente, ancha y bombeada, redimía su cabeza de la fealdad. Llevaba la capa con majeza, y del fondo oscuro de su persona destacábase, sobre el plastrón de la corbata, una calavera de níquel. Al hablar, un *tic* le obligaba á inclinar la cabeza, y esto resultaba garboso. Sin duda el marco del saloncillo era impropio á tal hombre, ya que todo delataba en él interna aristocracia; y si

VI

A mediados de temporada Felipe Blanco obtuvo un éxito ruidoso; todos los semanarios ilustrados publicaron su retrato en aquella actitud gallarda de desenmascarar al traidor, que hacía prorrumpir en aplausos frenéticos al público de la galería. Luisa guardaba uno de esos retratos con dedicatoria amorosa, y por las noches, antes de acostarse, pasaba un rato contemplándolo.

En el teatro no se conocían sus relaciones. La señora Moral había logrado acallar el deseo de comunicárselas confidencialmente á cada una de las actrices, y su marido sabía harto bien las ventajas de poseer secretos de un hombre dadivoso. Dos ó tres veces Luisa y Felipe Blanco habían ido á pasear por las avenidas lejanas; paseos castos, á ratos callados, á ratos exuberantes de promesas, de dudas, de súplicas, de éxtasis; paseos con sus inevitables paradas en algún café de esos donde van recatadas parejas que cuchichean con las manos cogidas, abstraídas del resto del mun-

los comicuchos y gente maleante de entre bastidores se sorprendían de ver á Rafael Semprún proponiendo una obra de género chico, en el fondo, con esa parte mejor del ser que se disocia á veces de las acciones externas y las comenta y las critica, no se sorprendía menos él. Cuando alguien se lo hacía notar, respondía señalando el retrato del filósofo que ocupaba uno de los testeros:

—Estoy aquí con el mismo derecho que éste.

Poeta ya evocador de las gracias frágiles y sensuales del siglo XVIII, ya de las miserias de los precitos, Semprún estuvo siempre en desacuerdo con las formas ventajosas del vivir material; un mucho de Baudelaire adulterado por un poco de Murguer, ponía algo de pequeñez en su obra. Incapaz de acomodarse á labores periódicas, fracasaba en todo. El llamaba á eso su "ananké", y aunque su tío, un pudiente empleado del Tribunal de Cuentas, le daba otro nombre, lo cierto es que "eso", lo que fuera, era algo fatal que forzaba al poeta á vivir en la miseria y á no lograr lo que con menos méritos lograban otros: un poco de bienestar y holgura. Semprún y don Emilio estaban hechos para entenderse. Lo que el ecuánime Goethe llamó con frase un poco abstrusa "afinidades electivas", existió desde el primer momento entre ellos. Todas las noches hablaban de espiritismo; don Emi-

lio advertía en su interlocutor no sólo tendencia á lo maravilloso, sino raro sentido de los fenómenos ultraterrenales; mas como si el ser de Semprún se desdoblase y una parte crítica, casuística y sutil hallara complacencia en luchar contra sus inclinaciones, no había noche que no contradijese á don Emilio.

—Yo no puedo negar que fuerzas desconocidas accionan en torno de nosotros; hay casos de telepatía, de transmisión del pensamiento, de doble vista, que son innegables; pero de eso á afirmar la transmigración budística, la creencia migratoria hindu ó el espiritismo, vamos, que no... Todo eso es la eterna ilusión del hombre no resignado á desaparecer por completo y engañándose con la quimera de supervivir... No hay más.

—Amigo Semprún, cuando las primeras manifestaciones espiritistas se produjeron en la familia Fox, en los Estados Unidos, á fines de 1847...

Pero Semprún, nervioso, interrumpía:

—Además de que en el fondo, perdóneme, el espiritismo tiene mucho de la antigua nigromancia condenada por la santa madre Iglesia... Ya sabe usted que soy católico ferviente.

Y ahora era don Emilio quien no le dejaba concluir:

—Bah... me extraña que diga usted esto siendo tan culto. Lea la leyenda de San Cesá-

reo, el relato de San Agustín, obligado á enviar á la diócesis de Hipona un sacerdote exorcisador y me dará la razón. Y aun en los textos canónicos recuerde usted las claras palabras de Juan cuando dice: "Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco; oirán mi voz y será hecho un solo aprisco y un solo pastor". Hay mil pruebas.

Sin duda Semprún iba á argüir algún razonamiento que acentuase más sus confusiones entre el espiritismo y el demonismo, cuando alguien entraba y callábanse por acuerdo tácito. Comúnmente quienes entraban era el actor Moral, que venía á recoger terrones de azúcar, ó Castell, quien, como de costumbre, preguntaba con su bárbaro acento catalán para darse él mismo la respuesta:

—¿Vino l'empresario? No ha venido; *ma caso en...*

Y en cuanto tornaban á hallarse solos, proseguían:

—Mire usted, don Emilio, lo que á mí se me hace repulsivo creer, es que la facultad de servir de puente entre los espíritus y nosotros, sea casi privilegio de gentes inferiores. Hay algo de compensación, se dirá; y, claro, eso es ingenioso, mas no pasa de ahí. Bien sé que hay ejemplos desconcertantes, pero... Una médium palurda me ha dicho que el alma de un gran poeta ha encarnado en mí. Esto no es ex-

traordinario, no; pero en cambio estoy seguro de que casi no sabe leer y el otro día me dijo el número de églogas, de endechas, de romances y de sonetos que compuso Garcilaso.

—¿Ve usted?

—Hace unos días leí en un libro de Taine, una gran cantidad de casos de sugerencias, alucinaciones y transmisión de fuerzas psíquicas, que al pronto parecían sobrenaturales sin serlo. Puede también todo depender de una insuficiencia del hombre para comprender las relaciones ocultas de los hechos. Y sin embargo...

—Tenemos pruebas fehacientes; usted sabe que se han impresionado placas. Yo mismo, si no hubiera sido por...

Aquí Semprún se exaltaba; su *tic* nervioso hacía más frecuente y en su voz vibraban los tonos ya agudos, ya broncos de la pasión:

—¿Pruebas? Pruebas de nada. Sin contar con que la prestidigitación puede entrar por mucho; sin contar con que todo médium, todo experimentador, tiende involuntariamente al perfeccionamiento de la experiencia, y, por lo tanto, á la superchería... ¿Es que á la famosa Paladino, á Slade, á los farsantes Davenport y al mismo Home, no los sorprendieron en fraude? Lea usted el informe de las céle-

bres "tenidas" de Cambridge y verá cosas sabrosas. Magnetismo, presentimiento, doble vista, bien; pero, ¿pruebas de comunicación entre los que ya murieron y nosotros? ninguna, don Emilio; por que la prueba infundible, la única, no llega jamás.

—Hombre, escuche.

—La única: la clave del enigma del más allá. Viene un espíritu que aquí en la tierra fué de selección, y sólo dice lugares comunes, pretextos, cuando una sola palabra acerca de sus existencias después de la muerte del cuerpo, cambiaría religión, ética, toda la constitución moral conseguida á costa de tantas especulaciones, de tantos terrores y de tantos tanteos en la sombra. Usted sabe que Stead, y sobre todo Villiams James, dejaron herméticamente cerradas escrituras que debían más tarde de revelar sus espíritus comprobando así la facultad de relacionarse. Y bien, ¿han venido? Yo no sé si más tarde podrá ser, pero hoy, créame, todo es ilusión, cuando no amaño.

Otro importuno llegaba á interrumpirlos, y así pasaban todas las noches. Semprún los acompañaba después hasta su casa, y, por último, se citaban por las tardes en el café de la República. El poeta, que contaba entre sus varias rarezas la de jugar excelentemente al billar, fiel á su "ananké" perdía, aunque juga-

se con otros menos hábiles, cada vez que apostaba dinero. Entre uno y otro partido iba á discutir con don Emilio, y aun cuando ninguno de los dos se convencía, pasaban las tardes con agrado. Al cabo de cada discusión guardaban ambos sus posiciones intelectuales, y á veces veíase que uno ú otro habían preparado argumentos y acopiado lecturas. Discutían con calor y más de uno al pasar y ver sus ademanes exaltados pensaba:

—Esos deben estar discutiendo de toros.

Estas tardes eran las que empleaban Luisa y Felipe Blanco en sus paseos. Finalizaba ya el invierno y esperanzas de resurrección se insinuaban en los parques yermos y aterridos. Una tarde, en vez de ir á pasear por las afueras, anduvieron por calles solitarias. Luisa creía que iban al azar, pero de pronto Blanco se detuvo ante un portal y la invitó:

—¿Quieres que subamos? Verás mi casa... Es solo un momento.

—No, no.

Con percepción instantánea Luisa vió el peligro; recordaba el nombre de la calle en que Felipe vivía, y no era aquélla... Bruscamente desasíose de su brazo y siguió de prisa; Blanco la alcanzó; continuaron largo espacio juntos, sin hablar. Luisa hubiese querido hacerle cargos; encontrar reproches, mas comprendiendo que su boca al abrirse, iba sólo á dejar escapar

sollozos, se retuvo. Andaba muy de prisa; él, nervioso, arrepentido tal vez, sólo acertaba á repetir como un monótono eco de sí mismo:

—Parece mentira, nenita... No tienes ninguna confianza en mí.

Aquel incidente en vez de alejarlos, los acercó. Estuvieron varios días sin hablarse, casi rehuyéndose. Luisa sentía desde lejos la mirada del actor pedirle perdón—el perdón que por benigna ley de amor ya le había sido concedido—, y á ratos parecía ser ella y no él la culpable. Fueron días de prueba en los que su cariño, concentrado en el silencio, acrecentóse, se hizo más intenso y adquirió el ímpetu de todas las fuerzas contenidas... Una noche al fin, inesperadamente, mientras las compañeras estaban en escena, vió aparecer á Felipe en la puerta de su cuarto... Y no hubo palabras, no hubo disculpas, no hubo súplicas; apenas si hubo resistencia. Fué la triste é invariable historia de la seducción. Si Felipe Blanco hubiera ido con su traje de todos los días, con su personalidad real, la pobre Luisa hubiera sabido repelerlo; pero fué con el bigotito postizo y con el traje del retrato; era el héroe de la obra de gran éxito; eran la Poesía y el Amor los que entraban con él, mas esta vez sirviendo de cómplices al hombre brutal avasallado por los sentidos... Dos brazos lo re-

cibieron y su boca sólo tuvo que tenderse para besar otra boca fría, exangüe y apasionada. En la lucha, buscando Luisa donde asirse para no caer, las ropas que estaban colgadas en el muro, vinieron al suelo. Un momento Felipe se detuvo para escuchar y ella tuvo esperanzas: no era nadie, eran los giros de la orquesta que, tamizados por la distancia, oíanse como un susurro blando. Luisa hubiera querido gritar, gemir siquiera... pero no pudo ser. Y allí, sobre las ropas recamadas de lentejuelas, sobre los trajes de calle, sobre los humildes refajos aldeanos y las fantásticas vestiduras de épocas que jamás existieron, el amor cruel inmoló á su víctima.

La llegada de las compañeras evitó al actor esas explicaciones largas é inútiles que suceden al drama amoroso. Entregados á su controversia don Emilio y el poeta Semprún, no repararon en que Luisa fué á recogerlos más tarde que de costumbre. Ya en la calle seguían discutiendo.

—¿De modo que usted así, en abstracto, cree?

—Yo, querido don Emilio, creo hasta en la posibilidad de la magia. Allá en el siglo xv el nigromante italiano Francois Prelati...

Y mientras Semprún, dilatadas las verdes y opacas pupilas iba narrando á don Emilio cómo el alquimista satánico había llegado á

sacar de sus retortas nada menos que la piedra filosofal, ninguno de los dos reparaba que junto á ellos una mujer seguía sus pasos penosamente, y derramaba cruentas lágrimas en silencio.

VII

Antes de concluir la temporada teatral, Felipe Blanco, impaciente por dejar Madrid, aceptó un contrato en América. Aquel idilio, empezado como tantos otros, no lograba ser sonriente, y los besos de amor mezclados con lágrimas le dieron miedo. Habían sido tres meses en los que el goce se enturbió con la inquietud de algo inesperado. Al principio Felipe tuvo la esperanza de que Luisa cambiaría; después, al verla tan seria, tan obstinada en dar á sus relaciones un orden y una rectitud que contrastaban con su ilegalidad, Felipe sintió hasta el deseo de que algún hombre la galantease y de que ella le diera pretexto para reñir. Pero sus menores deseos eran adivinados. "Esta muchacha no me dará motivo nunca; ha nacido para ser la perfecta casada", decíase él; y entonces, impelido por repentina cobardía, se le ocurrió la idea de huir.

No atreviéndose á confesar su fuga, dijo á Luisa que sólo iba á cumplir á Barcelona un compromiso anterior á su contrato en "El Do-

rado", y que su ausencia duraría muy poco. En la estación se encontraron el día de la marcha. Varias veces había pensado Felipe en la dificultad de aquella despedida, y por eso ocultó á sus amigos la hora de partir, para hallarse solo con ella y poder, en caso de rebelión, dominarla con esa violencia persuasiva del sexo; mas cuando la vió en el andén muda, resignada, sin un reproche, sin una exigencia, Felipe Blanco, por primera vez en su vida, pensó mal de sí mismo... Hasta mucho más tarde, estando ya en la Habana, no supo que al arrancar el tren Luisa sabía el verdadero fin del viaje, y una cosa más grave aún: que otra vida se formaba en su vientre.

Y sobrevinieron los días henchidos de dolor. El teatro le parecía vacío; bromas y alusiones crueles de sus compañeras le recordaban al ausente—¡como si hubiera sido preciso recordárselo!—La primera vez que llegó carta para ella, el representante de la empresa tuvo al dársela un gestecillo burlón; la noticia, propagada y deformada por la maledicencia, iba de boca en boca: "Ya hay carta del pájaro", "á ver si llora, á ver si llora"... Toda aquella gente dispuesta á trabajar gratis á beneficio del primer llegado, á sacrificarse en pro de cualquier suscripción—sobre todo si se publicaban listas de donantes en los periódicos—, ó á proclamar su caridad, cuando no falsa, momentá-

nea, fácil y excesiva, mostraba ante el dolor humilde y cotidiano, ante el dolor sin pedestal, el gesto de los endurecidos. Todas osaron lanzar la primera piedra, y las de honra más frágil y fama menos limpia tiraron con más saña. Luisa notó que hasta los hombres parecían participar de la envidia femenina y le hablaban insidiosamente. El mismo actor Moral estaba decepcionado del fin de la aventura... Á veces Luisa pretendía rebelarse, pero esa mansedumbre que infiltra la larga miseria, la hizo al cabo creer que sufría en justicia, por haber pretendido ser feliz. Á la primera carta sucedieron varias, y en respuesta á la noticia del embarazo llegó un cheque de treinta duros y la oferta de remitirle mensualmente otro. Atenta sólo á su dignidad, Luisa lo guardó decidida á no cobrarlos nunca; así, si volvía Felipe de América según sus promesas, aprendería á conocerla mejor... Al dejar en Mayo el teatro para aguardar en forzado reposo á que las representaciones se reanudasen, Luisa se despidió de los lugares, más que de las personas, con la adolorida certidumbre de que no volvería á verlos. Hasta Octubre no principiaría la nueva temporada, y precisamente en Octubre...

Como había sido cigarra y hormiga, podía esperar algunos meses sin preocupaciones económicas. Era la primera vez que lograba

entregarse al abandono de no pensar en la miseria ni en el trabajo y, sin embargo, minada por el pensamiento de que era preciso decir la verdad á su padre, Luisa enflaquecía. Escrúpulos de infinita delicadeza la impulsaban á no esperar para confesar, á que su cuerpo se deformase. Todos los días hacía acopio de fuerzas para decirselo en cuanto llegase de la Biblioteca, y al verlo llegar posponía la confianza para después de la comida; y después de la comida, al mirarlo casi hundido en un libro, bajo la luz serena de la lámpara, Luisa retrasaba hasta la hora de acostarse su confesión. Pero el tiempo seguía hilando su tela y cada noche, antes de que las primeras palabras acudieran del fondo de su alma á sus labios, los ojos de don Emilio se cerraban, y su sosegado respirar resonaba paralelo al sonido del reloj. Y entonces Luisa, para hallar disculpa á su tardanza, se decía: "Siempre será demasiado pronto cuando lo sepa... Todo llega y pasa en este mundo."

Veía transcurrir los días con sombrío estoicismo; y sólo una noche, exasperada por la procacidad de don Santiago, ocurriósele el pensamiento de concluir de una vez con su pobre vida. Desde que por el teatro comenzó á murmurarse de sus relaciones con Felipe Blanco, la actitud de don Santiago cambió, y aunque Luisa no pensaba en él ni en su flaco

secuaz, tuvo que darse cuenta de tal cambio. *El Huesos* había desaparecido, y para justificar su ausencia, don Santiago dió á don Emilio la noticia de un viaje inesperado é inaplazable, que á Luisa le pareció incierto. Ahora don Santiago abandonaba las miradas insistentes y el tímido aire de sátiro sentimental, para mostrarse activamente decidido; dijérase que necesitaba ahorrar tiempo. En las conversaciones trataba de hacer comprender á Luisa las ventajas para una artista de encontrar un hombre serio, independiente y discreto que la ayudara. Luisa sentía al oírlo tal indignación, que sólo por repugnancia al escándalo callaba las injurias que apetecía su alma.

Una noche, estando en escena, don Emilio le mandó á decir con la señora Moral que se veía forzado á irse en seguida y que, como acaso no pudiera regresar á buscarla, le rogaba que se hiciera acompañar por Semprún ó por cualquiera de sus compañeras. Luisa quedó sobrecogida. ¿Qué habría ocurrido? ¿Adónde tenía que ir con tal urgencia su padre? Estuvo toda la noche inquieta, y, al concluir, rehusando la invitación de Semprún, salió con los Moral. Apenas estuvo en la calle, notó que un hombre los seguía. A otra cualquiera, en la sombra, bajo la vieja capa y el chambergo, le hubiera sido difícil reconocerle, pero Luisa lo adivinó, lo presintió... Sólo entonces se ilumi-

nó en su espíritu la idea de que el alejamiento de su padre no fuese fortuito. Sí, era él: don Santiago. ¡Y se iba á ver sola á merced suya! ¿Por qué la abandonaba su padre? Lágrimas estranguladas por la voluntad enturbiaron sus ojos. La ciudad pareciale un desierto, en el que nadie pudiera socorrerla... Si no hubiera temido que los Moral perdiesen el último tranvía, les hubiera pedido que la acompañaran; mas vivían en un barrio lejano y no tuvo valor. Se despidieron; con la luz fugitiva del tranvía se alejaba su tranquilidad... Y al fin se vió sola y echó á andar, eligiendo las calles menos solitarias. Unos pasos resonaron tras ella, y apretó el suyo; era inútil: los pasos se fueron acercando, y la temida voz susurró:

—No se asuste. Soy yo... He sido yo quien mandé buscar á su padre con pretexto de una sesión de espiritismo... Perdóneme... Tenía que hablar con usted, Luisa.

—Yo no tengo nada que hablar con usted.

—No sea así conmigo.

—Déjeme.

—Usted no sabe siquiera quién soy: escúcheme... No soy lo que parezco. Sea razonable... ¡Si supiera cuánto tiempo hace que deseo esta conversación! Desde el día que la conocí en casa de la bordadora, ¿se acuerda?... No ponga esa cara... Yo sé lo de Felipe Blanco, y... El pasado no me importa. Tendrá usted

lo que nunca ha tenido; le pondré una casita; será usted una reina, una...

—¡Que me deje usted!

—Eso es tirar la suerte por la ventana. Ya ve: por usted ando casi disfrazado, correteando las calles. He esperado hasta hoy, porque la quiero tanto, que le tengo miedo... Esto no me ha pasado nunca... Pero esta es mi última noche... Desde mañana me será imposible: todo el mundo lo sabría en seguida... Mañana voy á realizar mi sueño de político y sólo de usted depende que realice también mi sueño de amor... Sea buena conmigo, Luisa... No habrá más miseria... Inventaremos en el Ministerio un destino para su padre... Por usted soy yo capaz hasta de organizar un negociado de espiritismo... Me tiene usted embrujado, Luisa... Reflexione bien.

Luisa había acelerado el paso y marchaba con la cabeza baja, sin responder. Don Santiago la cogió una mano para acariciársela; ella no lo pudo impedir, y él, envalentonado, le enlazó la cintura y quiso besarla en la boca. Entonces Luisa, como si se desasiera de pronto de una traba, dió un grito y echó á correr enloquecida calle abajo. Don Santiago tuvo miedo de seguirla y se adosó al quicio de una puerta, por si miraba alguien. Ella corría, corría, corría... Una angustia inmensa envolviendo todas sus ideas, se condensaba en estas